

EDUCAR LA ESPERANZA

Daniele BRUZZONE

Resumen

La esperanza no es una ilusión engañosa ni una aspiración improbable, es la virtud que nos permite vivir y sobre-vivir en las situaciones críticas de la vida. La logoterapia de Viktor Frankl es precisamente una intervención orientada a despertar y sostener la esperanza en donde el futuro parece cerrado y la alternativa imposible. Muchos jóvenes, en el mundo de hoy, se ven afectados por la desesperación y la falta de sentido en la vida, debido al pesimismo colectivo y a la pérdida de la confianza en el futuro. Es necesaria entonces una educación en la esperanza capaz de devolver a los jóvenes la capacidad de proyectar su existencia: una tarea al mismo tiempo psico-pedagógica y socio-política, que tiene que conjugar el desarrollo positivo de la persona con la promoción de contextos y condiciones saludables.

Abstract

Educate hope

Hope is not a deceptive illusion or an unlikely aspiration, it is the virtue that allows us to live and survive in the critical situations of life. The logotherapy of Viktor Frankl is an intervention aimed at awakening and sustaining hope where the future seems closed and the alternative impossible. In today's world, many young people are affected by despair and lack of meaning in life, due to collective pessimism and loss of confidence in the future. Then it is necessary an education in hope capable of returning young people the ability to project their existence: a task at the same time psycho-pedagogical and socio-political, which has to combine the positive development of the person with the promotion of contexts and healthy conditions.

Palabras clave: Educación. Esperanza. Sentido. Jóvenes.

Key words: Education. Hope. Meaning. Youths.

“Esto quiere decir la esperanza. Darle nombre de recuerdo al destino.”
(Cesare Pavese, *Diálogos con Leucó*, 1947)

Introducción

“Spes ultima dea”, decían los romanos. Se referían, como todos saben, al mito griego de la caja que Pandora, la primera mujer, recibió en don de bodas cuando se casó con Epimeteo. A pesar de que estaba prohibido, Pandora la abrió, liberando en el mundo todos los males que contenía, y cuando volvió a cerrarla sólo quedaba en el fondo *Èlpis*, la Esperanza. Por eso todavía tenemos el refrán: “La esperanza es lo último que se pierde”; o mejor dicho: “Mientras hay vida, hay esperanza”. Sin embargo, el verdadero significado del mito me parece todo lo contrario: *Mientras hay esperanza, hay vida*. Y si la esperanza muere, la vida ya no es vida. La falta de esperanza es una muerte espiritual que nos hace imposible seguir viviendo.

Que la esperanza tenga un valor de supervivencia es el sentido profundo de la experiencia de Viktor Frankl, tal como él mismo relata, por ejemplo, en una famosa página de *El hombre en busca de sentido* (Frankl, 2007):

Una vez fui testigo del estrecho nexo entre la pérdida de la fe en el futuro y este peligroso darse por vencido. F., el jefe de mi barracón, compositor y libretista famoso, me confió un día:
‘Me gustaría contarle algo, doctor. He tenido un extraño sueño. Una voz me invitaba a desear cualquier cosa, bastaba con preguntar lo que quería conocer y mis preguntas serían satisfechas de inmediato. ¿Sabe qué pregunté? Cuándo terminaría la guerra para mí. Ya sabe lo que quiero decir, doctor, ¡para mí! Conocer cuándo seríamos liberados los de este campo y cuándo terminarían nuestros sufrimientos’.

‘¿Y cuándo tuvo usted ese sueño?», le pregunté.

‘En febrero de 1945’, contestó. Por entonces estábamos a principios de marzo.

‘¿Qué respondió la voz en su sueño?’

En voz baja, casi furtivamente, me susurró:

‘El treinta de marzo.’

Cuando F. me contó aquel sueño todavía se encontraba rebosante de esperanza y convencido de la certeza y veracidad del oráculo de la voz. Sin embargo, a medida que se acercaba el día prometido, las noticias que recibíamos sobre la guerra menguaban las esperanzas de ser liberados en la fecha indicada. El veintinueve de marzo, de repente, F. cayó enfermo con una fiebre muy alta. El treinta de marzo, el día en que según su profecía terminaría la guerra y el sufrimiento para él, empezó a delirar y perdió la conciencia. El treinta y uno de marzo falleció. (p. 127-128)

Esto es el acontecimiento. Ahora vean la anotación de Frankl (2007), que *nunca* dejó de ser médico, y sin embargo nunca fue *sólo* médico:

Según todas las apariencias murió de tifus...

Los que conocen la estrecha relación entre el estado de ánimo de una persona -su valor y su esperanza, o su falta de ambos- y el estado de su sistema inmunológico comprenderán cómo la pérdida repentina de la esperanza y el valor pueden desencadenar un desenlace mortal. La causa última de la muerte de mi amigo fue la honda decepción que le produjo no ser liberado en el día señalado. De pronto se debilitó la resistencia de su organismo y sus defensas disminuyeron, dejándole a merced de la infección tifoidea latente. Su esperanza en el futuro y su voluntad de vivir se paralizaron, y su cuerpo sucumbió víctima de la enfermedad. Después de todo, la voz de sus sueños se hizo realidad. (p. 128)

El doctor Viktor Frankl, como se ve muy claramente, detectó la *causa* que, al final, condujo a su compañero a la *muerte*; pero el hombre Viktor Frankl reconoció la *motivación* que, hasta el final, mantuvo a esta persona con *vida*. Hasta en situaciones límite, marcadas por la falta de

satisfacción de las necesidades más básicas, la esperanza queda como la extrema forma de resistencia: la última razón para no dejarse morir.

La ilusión vital

Los filósofos de la antigüedad consideraban la esperanza como una virtud (gr. *areté*), cuyo significado es *fuerza*, pero también *excelencia* o *perfección*. Es decir: la esperanza representa la energía fundamental de la vida y, al mismo tiempo, su manifestación más alta. Esta fuerza vital es entonces algo que está en nosotros desde nuestro primer día y tiene que crecer y perfeccionarse. Erik Erikson la llamaba *confianza básica*: sin ella “el bebé no puede sobrevivir” (Erikson, 2003, p. 128). Esperanza es entonces una percepción afectiva: el sentimiento de que la vida tiene sentido. Por eso, a lo largo de toda la vida, tratamos desesperadamente no perder la esperanza, porque en cierta manera ella es la “ilusión” que nos permite vivir bajo cualquier circunstancia y seguir creciendo, a pesar de todo lo que pueda acontecer.

Desde esta perspectiva, los buenos educadores son los que nos ayudan a *dar fundamento y a fortalecer esta ilusión*; y los malos, tal vez, son los que tratan de *des-ilusionarnos* lo antes posible.

Hannah Arendt (2015) dice que el ser humano es un *ser natal*, porque su tarea es nacer y renacer todo los días: cada ser humano es un ser totalmente *nuevo* capaz de dar a la luz la *novedad* del mundo. Y, como afirmaba el mismo Frankl, la novedad no consiste siempre y únicamente en poder *hacer* algo nuevo, sino en poder *convertirse* en algo nuevo: cuando no podemos cambiar una situación, nos enfrentamos con el desafío de cambiarnos a nosotros mismos (cfr. Frankl, 2005, 2007).

Del mismo modo, María Zambrano escribe: “el hombre nunca ha nacido del todo, tiene el trabajo de engendrarse nuevamente, o esperar ser engendrado. La esperanza es hambre de nacer del todo, de llevar a plenitud lo que solamente llevamos en proyecto” (Zambrano, 1996, p. 90). Precisamente con esta hambre, nosotros los logoterapeutas, nos enfrentamos a diario. Y nuestra única, paradójica, tarea es *alimentar el hambre* para que no se apague.

Se podría expresar con una escena de la película de Martin Scorsese *La invención de Hugo* (EEUU, 2011), que nos presenta dos muchachos en el acto de preguntarse sobre el sentido y el sinsentido de la vida: “El mundo entero es una gran máquina”, dicen, en que “todo tiene un propósito”. Por lo tanto, *tenemos* que estar aquí por alguna razón. Cuando las personas no tienen o pierden su propósito, “están como rotas”, hay que arreglarlas. Lo que resulta interesante en este diálogo es que los protagonistas *se pregunten* sobre cuál sería el propósito (sentido) de su vida: lo cual quiere decir que, aunque sepan que existe, sin embargo, tienen que *descubrirlo*, porque nada (ni nadie) se da un propósito a sí mismo.

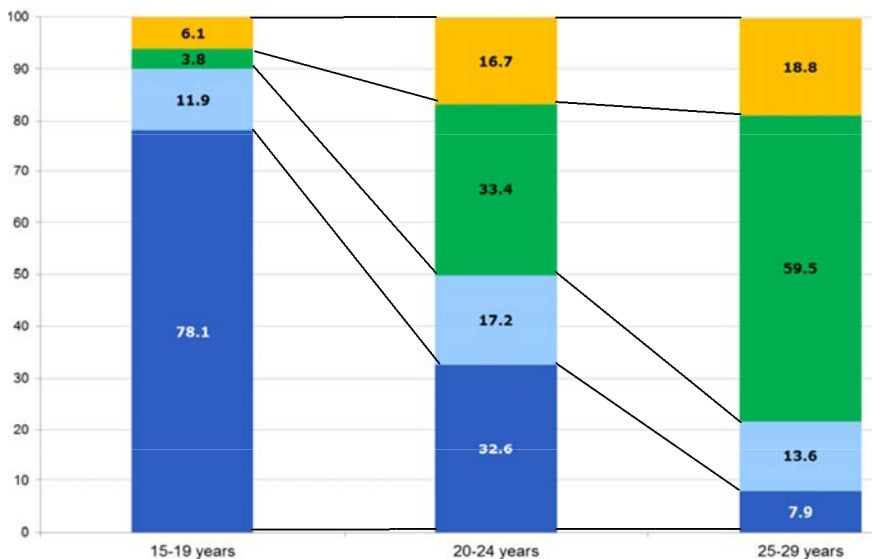
Aquí tenemos la estructura misma de la esperanza. Una estructura paradójica: la esperanza es la *pregunta* sobre el sentido de nuestra vida y al mismo tiempo la *respuesta* a una llamada que la vida nos hace. Exactamente como decía Frankl: “No basta con preguntarse por el sentido de la vida sino que hay que responder a él respondiendo ante la vida misma” (Frankl, 2005, p, 149). La esperanza, entonces, no es ninguna actitud fatalista: requiere, al contrario, *toma de responsabilidad*.

Creo que toda educación, en su sentido más profundo, es esto: enseñar a preguntar y enseñar a responder. Educar la esperanza, al fin y al cabo, significa suscitar preguntas y provocar respuestas. Todo lo contrario de lo que generalmente se hace en las instituciones educativas, que, en general, proporcionan respuestas. Es la diferencia entre *transmitir el conocimiento* y *afinar la conciencia* (Bruzzone, 2011) que Frankl (2003, por ejemplo) ha subrayado como el criterio de distinción de la educación auténtica.

Desesperación juvenil

Las Figuras 1 a 3 se refieren a la condición de los jóvenes en la Europa actual. La Figura 1 presenta datos de 2016 respecto a la ocupación juvenil.

Figura 1. Dedicación a educación y empleo de los jóvenes en la Unión Europea, en % por grupos de edad de 5 años (ec.europa.eu/eurostat, 2017).

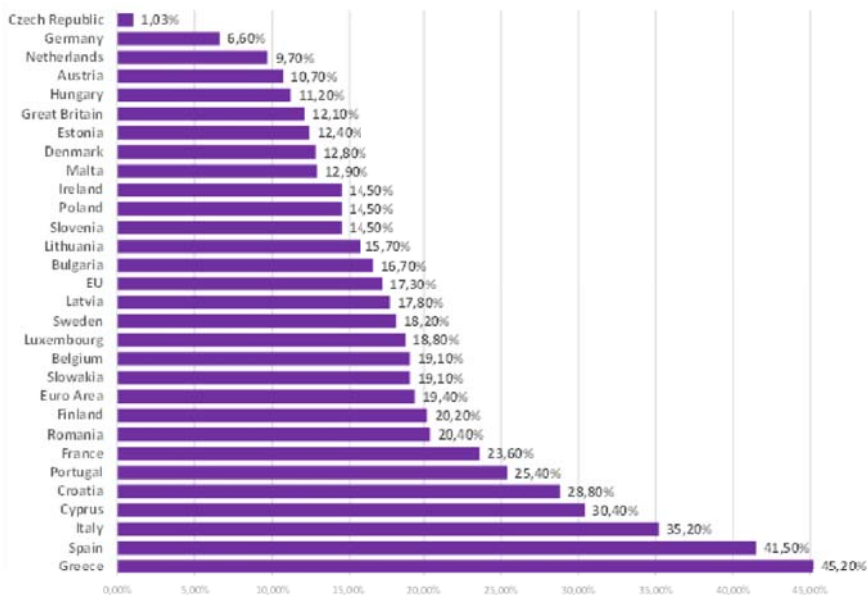


Columnas de izquierda a derecha: 15-19 años, 20-24 años, 25-29 años. Bloques de abajo a arriba en cada columna, dedicación: exclusiva en educación, educación y empleo, exclusiva en empleo, ni empleo ni educación o prácticas.

Al aumentar la edad, disminuye el porcentaje de jóvenes que estudian (bloque inferior) y crece la de los jóvenes que trabajan (bloque medio superior). Pero aumenta también el porcentaje de los que no estudian ni trabajan (bloque superior), son casi el 19% de los jóvenes entre 25 y 29 años.

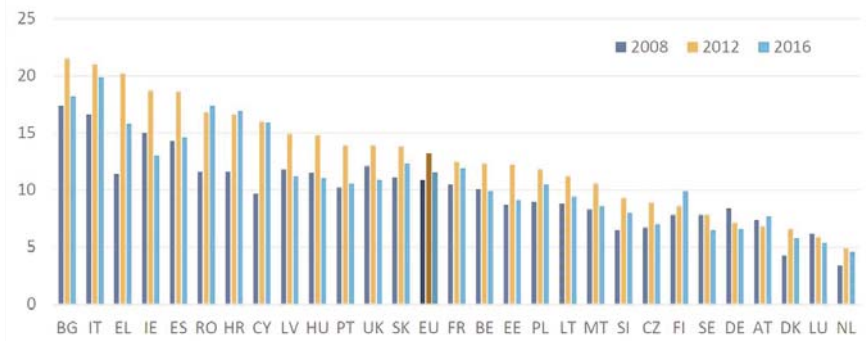
En la Figura 2 está representada la tasa de desocupación juvenil en Europa en febrero de 2017. España e Italia son, con Grecia, los países más afectados en este ámbito.

Figura 2. Tasa de desocupación juvenil por países en Europa en febrero de 2017 (Eurostat, 2017).



Finalmente, en la Figura 3 vemos la distribución europea de los *ninis* (ni estudian ni trabajan o en prácticas) de los jóvenes (entre 15 y 24 años de edad). El dato de Italia en este caso es todavía peor que el de España, pero nuestros países siguen entre los últimos, si bien la situación, comparada con los años previos, está lentamente mejorando.

Figura 3. Ratio (%) de jóvenes que ni estudian ni trabajan respecto al total de jóvenes. Evolución durante 3 años por países (Eurostat, 2017).



EU, Unión Europea. ES, España. IT, Italia.

Estos datos nos hablan implícitamente de un fenómeno (la *desesperación* juvenil) que, a pesar de ser sumamente preocupante, se está afirmando como algo ya casi normal. Nuestra sociedad es la primera en la historia, probablemente, donde los jóvenes no saben qué hacer con sus vidas, y esto es el reflejo no de un malestar psicológico o de un problema clínico, sino de una condición estructural (económica, política y social) ya *enferma* y disfuncional.

Un periodista y escritor italiano hace unos años publicó un libro que tuvo mucho éxito: *Los cansados* (Serra, 2013). Es el retrato, un poco atónito, que un padre hace de su hijo adolescente y de una generación que parece desinteresarse del mundo y del porvenir. Es una descripción muy sagaz, hasta incluso irónica, de la forma de ser de una generación apática, y -a pesar de que no sea oportuno generalizar- es un intento de preguntarse las razones de su malestar. ¿Puede ser que estos jóvenes no se levanten del sofá y que no les importe el futuro porque no tienen una razón suficiente y porque les hemos quitado el futuro mismo?

La pérdida del futuro

Si preguntamos a los jóvenes qué piensan acerca de su porvenir, nos sorprenderá que la mayoría de ellos percibe el futuro como algo oscuro, incierto, incluso hasta inseguro. Los autores del famoso libro *Las pasiones tristes* (Benasayag y Schmit, 2004), lo describen muy claramente: las últimas generaciones han vivido la ruptura histórica de un cambio de signo del futuro, del *futuro-promesa* al *futuro-amenaza*. Esta es la razón por la que “las iniciativas se apagan, las esperanzas aparecen vacías, la desmotivación aumenta, la energía vital desaparece” (Galimberti, 2007, p. 26).

En esta transición dramática, los adultos ya no representan puntos de referencia significativos. Ellos encarnan más bien la imagen de generaciones que han fracasado: han fracasado porque se han dejado hundir por la angustia y los miedos y han perdido la voluntad de luchar por un mundo mejor. “El hábito de la desesperación es peor que la desesperación misma”, decía Albert Camus (1948, p.224).

Habría que preguntarse, entonces, de qué manera nosotros los adultos, tal vez sin darnos cuenta, matamos la esperanza en los jóvenes.

La primera actitud corrosiva sería sin duda el **pesimismo**. La retórica de lo negativo, que aparece a cada rato en los medios de comunicación y el *demonio del miedo* (cfr. Bauman, 2014), que nos aterriza, impide a los jóvenes representarse el porvenir como algo bueno y no necesariamente amenazador.

La segunda actitud negativa es el exceso de **realismo**. Se acordarán de la conferencia de Toronto en el año 1972, en donde Frankl (1972) dice que el principio de toda psicoterapia es “presuponer” en el otro una chispa de sentido. En esa charla el fundador de la logoterapia dice también otra cosa hoy extremadamente necesaria: que si tomamos alguien por lo que es lo volvemos peor, y si lo tomamos por lo que debe ser le permitimos convertirse en lo que puede llegar a ser. Es decir, para ser *realistas*, hay que ser un poco *idealistas*. Y, de hecho, no hay educación sin utopía.

Otro problema serio en la sociedad de la producción y del consumo, es el **materialismo**. Hay una actitud materialista en la educación misma cuando nos preocupamos más de satisfacer necesidades que de cultivar sueños; cuando le damos más importancia a los logros de nuestros alumnos o de nuestros hijos que a su capacidad de emocionarse y de pensar de forma diferente; cuando los obligamos a crecer dentro de instituciones anónimas y calculadoras, donde no hay espacio para la imaginación y la creatividad. De todas estas maneras y muchas más, nos estamos olvidando nada menos que de una dimensión: la dimensión *espiritual*.

Estamos atrapados, además, en un **individualismo** colectivo exasperante. Y el individualismo nos convierte en competidores. Pero la competición no genera *esperanza*, sino *expectativa*. Y los muchachos que tienen que enfrentar el fracaso de las expectativas (propias o de sus padres); muchas veces no saben reencontrar el camino hacia el sentido. La esperanza sólo puede existir de forma cooperativa y comunitaria.

La verdadera neurosis de nuestra época, sin embargo, es el **narcisismo**. Criamos a los niños, desde el inicio, en la convicción de que no haya nada más lindo e importante que ellos mismos. Y no nos damos cuenta de que unas criaturas enamoradas de si mismas son extremadamente vulnerables. Por el contrario, educarlos quiere decir *enamorarlos del mundo*, de todo lo que hay más allá de ellos mismos, para que encuentren algo o alguien por lo que o por quien valga la pena vivir e incluso sufrir.

Finalmente, el **subjetivismo** imperante nos ciega del todo. La retórica psicologista del “bienestar” ha afectado bastante a la educación, y ha llegado el momento de desplazar la mirada: educar no quiere decir asegurar que los jóvenes se sientan bien (lo cual, además, en la vida no es siempre posible), sino que encuentren *el bien* y sepan perseguirlo. Tratamos de engañarlos prometiéndoles que serán felices y convenciéndoles que el secreto de la felicidad es la realización de uno mismo, y no les enseñamos que para ser felices hay que luchar por y para algo y olvidarse de sí.

Reconstruir la esperanza

Si estas son las actitudes negativas, ¿cuales serían las positivas para educar la esperanza?

La *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar*, de Luis Sepúlveda (1996), es una metáfora pedagógica extraordinaria. La gaviota madre, que cae a tierra moribunda, le encomienda al gato su huevo pidiéndole tres cosas: que no se lo coma, que lo cuide hasta que nazca el pequeño, y que le enseñe a volar. Me parece que en esta triple promesa está condensado el sentido de toda actividad educativa. Primero, **no dañar**, o sea abstenerse de lo que puede perjudicar al otro. Hay una *iatrogenia pedagógica* de la que los educadores deben ser concientes. Segundo, **cuidar**. Es un cuidado no sólo del otro, sino de las condiciones en que se encontrará al vivir. Ser educadores no quiere decir simplemente cuidar a los jóvenes, sino asumir la responsabilidad de convertir el mundo en un lugar en que se pueda crecer y vivir con sentido. Y por último, **enseñar a volar**. Es decir, posibilitar que se despeguen y se des-apeguen de nosotros. Es una pedagogía apelativa y “elevativa” la que necesitamos.

Y los principios en que se basa esta *pedagogía de las alturas* (Bruzzone, 2008) son al mismo tiempo dos principios logoterapéuticos fundamentales: despertar la *conciencia*, y apelar a la *autotranscendencia*.

Despertar la conciencia quiere decir en primer lugar **enseñar a aprender** (no sólo enseñar a conocer), no sólo el contenido del conocimiento, sino el proceso con que se logra. En segunda instancia, quiere decir **enseñar a pensar**. Saber y pensar no coinciden. Al contrario, en cierta manera si se sabe no se piensa; sólo se piensa lo que no se sabe. Aquí el desafío educativo se hace más complicado: ¿cómo aprender sin dejar de pensar? Finalmente, **enseñar a conocerse**. El conocimiento sin autoconocimiento es como un apartamento sin habitantes, vacío.

Por otro lado, educar en la autotranscendencia quiere decir, en primer lugar, **enseñar a percibir**. Hay una educación de los sentidos (del sentido crítico, del sentido ético, del sentido estético) que permite dirigirse al mundo de forma auténtica. Quiere decir, además, **enseñar a valorar**. Los valores no se predicán, se realizan. Así pues, la tarea propia de la edu-

cación es *ampliar el campo de experiencia* (Bertolini y Caronia, 2015) para que se puedan descubrir nuevos significados y valores. Y por último, **enseñar a entregarse**, a dedicarse a algo o a alguien, a pesar de que pueda tener un costo. Sin este “aterrijaje” de tipo moral, podemos estimar que toda educación se quedaría en un nivel intelectual, lo cual sería totalmente insuficiente para formar una persona (Bruzzone, 2015).

Hay un libro que suscitó mucha polémica por su crudeza, considerando que es un libro para adolescentes. Se titula *Nada* (Teller, 2010) y cuenta que un día un muchacho de 13 años, Pierre Anton, deja de ir al colegio y se sube a un árbol. Desde su nueva perspectiva declama a gritos que nada tiene importancia, que todo se acaba y, por lo tanto, la vida no tiene valor. Sus compañeros tratan entonces de convencerlo de que no es cierto que nada importe, y empiezan a apilar cosas que tienen para ellos sentido y valor. Día tras día, se forma una “montaña del sentido” en que, al comienzo, los chicos ponen objetos banales (un par de zapatos, una bicicleta, una bandera...); pero, poco a poco, el juego se hace más arriesgado y peligroso, porque el sentido siempre tiene que ver con nosotros mismos y con lo que tememos perder. En este cuento, como en muchos que tienen a los chicos como protagonistas, los adultos casi no tienen papel. Pero la exigencia de los jóvenes es clarísima: encontrar aquel sentido que sirve para “bajar del árbol” e involucrarse en la vida.

Si no somos capaces de ver en cada niño y en cada adolescente la aventura del *hombre en busca de sentido*, no tendremos ninguna influencia educativa; porque si la educación no es para la existencia, no sirve. Es *nada*, justamente. Por el contrario, si reconocemos en cada persona el deseo inagotable que la anima, podremos, tal vez, ayudarla a no perder la esperanza de encontrar un sentido que le corresponda. Como dice Simone Weil en uno de sus últimos poemas, *La puerta* (Weil, 1951, p. 121):

*Ábrenos ya la puerta y veremos los vergeles,
Beberemos de sus aguas frías que aún conservan la huella de la
luna.*

*El largo camino arde hostil a los extraños.
A ciegas erramos sin encontrar el lugar.*

Agobiados por la sed, queremos ver las flores.

*Esperando y sufriendo, henos por fin aquí delante de la puerta.
A golpes la abatiremos, si es preciso.
Golpeamos y empujamos, pero es demasiado firme.*

*Sólo nos queda languidecer, esperar y mirar en vano.
Contemplamos la puerta, cerrada, incommovible.
Fijamos en ella nuestros ojos, llorando bajo el tormento;
Sin dejar de mirar la puerta, el peso del tiempo nos abrumba.*

*La puerta está ante nosotros; ¿de qué nos sirve querer?
Mejor marcharse y abandonar toda esperanza.
No entraremos jamás. Cansados estamos de verla...
La puerta, al abrirse, dejó pasar tanto silencio...*

*Ni flores ni jardines suntuosos;
Tan sólo el espacio inmenso donde están el vacío y la luz,
Se hizo de súbito presente y colmó el corazón,
Lavando los ojos casi ciegos por el polvo.*

Conclusiones

La esperanza representa la energía fundamental de la vida y, al mismo tiempo, su manifestación más alta. Esta fuerza vital está en nosotros desde el primer día y tiene que crecer y perfeccionarse. La esperanza es el sentimiento de que la vida tiene sentido, es la *pregunta* sobre el sentido de nuestra vida y al mismo tiempo la *respuesta* a una llamada que la vida nos hace.

Una sociedad en que los jóvenes no saben qué hacer con sus vidas manifiesta una condición estructural (económica, política y social) disfuncional. Las actitudes en la sociedad que debilitan la esperanza son el pesimismo, un exceso de realismo, el materialismo, el individualismo, el narcisismo y el subjetivismo.

Los buenos educadores son los que nos ayudan a *dar fundamento y a fortalecer* la esperanza. Toda educación, en su sentido más profundo, es enseñar a preguntar y enseñar a responder, es *afinar la conciencia*.

Educar en la esperanza significa despertar la conciencia y apelar a la auto-transcendencia, es decir, enseñar a aprender, a pensar, a percibir, a valorar y a entregarse a algo o a alguien. Si no somos capaces de ver en cada niño y en cada adolescente la aventura del *hombre en busca de sentido*, no tendremos ninguna influencia educativa.

Daniele BRUZZONNE es doctor en filosofía y en pedagogía, profesor de pedagogía en la Università Cattolica del Sacro Cuore (Milán) y presidente de la Asociación Italiana de Logoterapia y Análisis Existencial (ALAEF).

Referencias

Arendt, H. (2015). *Vita activa. La condizione umana*. Milano: Bompiani.

Bauman, Z. (2014). *Il demone della paura*. Bari: Laterza.

Benasayag, M. y Schmit G. (2004). *L'epoca delle passioni tristi*. Milano: Feltrinelli.

Bertolini, P. y Caronia L. (2015). *Ragazzi difficili. Pedagogia interpretativa e linee di intervento*. Milano: FrancoAngeli.

Bruzzone, D. (2008). *Pedagogia de las alturas. Logoterapia y educación*. México: LAG.

Bruzzone, D. (2011). *Afinar la conciencia. Educación y búsqueda de sentido a partir de Viktor E. Frankl*. Buenos Aires: San Pablo.

Bruzzone, D. (2015). *Hacerse persona. Un enfoque fenomenológico*. México: LAG.

Camus, A. (1948). *La peste*. Milano: Bompiani.

- Erikson, E. H. (2003). *I cicli della vita. Continuità e mutamenti*. Roma: Armando.
- Frankl, V.E. (1972). *Youth in Search of Meaning (Youth Corps and Metro Cable Television)*. Toronto, Ontario, Canada. Descargado de <https://www.youtube.com/watch?v=Vc2ueB1C4qc>
- Frankl, V.E. (2003). *Ante el vacío existencial*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. E. (2005). *Logoterapia e analisi esistenziale*. Brescia: Morcelliana.
- Frankl, V. E. (2007). *Uno psicologo nei lager*. Milano: Ares.
- Galimberti, U. (2007). *L'ospite inquietante. Il nichilismo e i giovani*. Milano: Feltrinelli.
- Sepúlveda, L. (1996). *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar*. Barcelona: Tusquets.
- Serra, M. (2013). *Gli straiati*. Milano: Feltrinelli.
- Teller, S. (2010). *Nothing*. New York: Atheneum.
- Weil, S. (1951). *Cahiers*, vol. I-III. París : Plon.
- Zambrano, M. (1996). *Verso un sapere dell'anima*. Milano: Raffaello Cortina.